



ESCIPION EL AFRICANO.

(Primer artículo).

No hay que asustarse de este título, pues no se trata en esta historia de Publio Escipion, ni de Cneo, su hermano, los cuales fueron muertos en el año 211 antes de Jesucristo.

Tampoco se trata de Publio Escipion, hijo del precedente, y que á la edad de veinticuatro años declaró á los procónsules de Roma que se hallaba dispuesto á vengar la muerte de su padre y la de su tío, y que, en cumplimiento de su palabra, arrojó de España á los cartagineses, corriendo despues á Africa, donde

derrotó á Asdrubal, á Syphax, y en fin al gran Anibal, quien furioso y colérico abandonó la Italia para ser deshecho junto á Zama.

No vamos, pues, á seguir los pasos de Escipion, á quien se dió el nombre de el Africano: tampoco de Escipion Emiliano, hijo de Paulo Emilio, vencedor de Perseo, y nieto por adopción del gran Escipion; en una palabra, no vamos á contaros la vida ni del vencedor de Anibal ni del destructor de Cartago. Somos mas modestos, y no tenemos otro fin que daros algunos detalles de la guerra entre los franceses y los argelinos, dándoos á conocer igualmente las costumbres de los soldados de esa gran nacion, hoy aliada y amiga nuestra.

Empezaremos sin mas preliminares diciendo que en 1822 el padre Guitarrilla, sargento de granaderos de un regimiento de infantería francés, entraba á las seis de la mañana en casa de su capitan. El anciano militar iba de gran uniforme: los tres escudos que indicaban el tiempo que llevaba de servicio, la cruz de honor que demostraba su valor, y los galones que manifestaban su buena conducta, brillaban en gran manera; y la placa de su morrion, los botones de su levita, todo, en fin, revelaba el aseo propio de un buen soldado.

El capitan se hallaba en cama, y despertó al ruido que el sargento hizo al entrar: incorporóse al momento, y restregándose los ojos, dijo precipitadamente: «¿qué es eso, Guitarrilla, hay alguna novedad en el cuartel?

—Absolutamente ninguna, mi capitan, sino que Magdalena me ha regalado esta noche un robusto chicuelo.

—¿Cómo! ¿ha parido tu esposa?

—Sí, mi capitan: salvo el respeto que debo á V., ha parido un soldadillo que mientras no le dan el pan de munición empina la bota materna, como si jamás hubiese hecho otra cosa: si continúa así, se me antoja que ha de ser un buen bebedor.

—Te doy la enhorabuena, y si quieres sacar de ese armario que está á la derecha de la chimenea una botella de rom y dos vasos, beberemos á la salud de la madre y del hijo.

—Esto no puede causarles perjuicio, y así obedezco, mi capitan.»

El sargento ejecutó lo que le habia dicho su capitan, del mismo modo que si hubiese sido una consigna, llenó los dos vasos, y empujando el suyo, dijo: «¡por la salud de V., mi capitan, y por la de su ahijado!

—¿Cómo mi ahijado?

—Sin duda. ¿A quién diablos quiere V. que le pida que sea el padrino de mi hijo, sino es á V., mi capitan? No conozco á ningun otro en el mundo, porque he nacido en el regimiento, he sido educado y mantenido por el regimiento, he crecido y me he hecho viejo en el regimiento: ya vé V., mi capitan, que el

regimiento es para mí el mundo, mucho mas, pues es mi patria, mi bandera y mi parroquia. Todos VV. son mi familia, y en esta gran circunstancia vengo á rogar á V. que sea padrino del que no solo es mi hijo sino del regimiento.

—Con mucho gusto, camarada; supuesto que es así, cuenta conmigo.

—Bien seguro estaba de que no me desairaría V., mi capitán, y ahora á mí me toca brindar por su salud.

—Como quieras: ¿y cuándo se verificará la ceremonia?

—Mañana, capitán, si acepta V. una condicion indispensable.

—¿Una condicion! ¿consiento en lo que me pides y te vienes con condiciones?

—Una sola, mi capitán, pero es esencial; y si no la acepta V. me veré obligado á rehusar la honra que quiere V. dispensarme.

—Vaya una cosa particular. ¿Y cuál es esa condicion *sine qua non*?

—Que mi hijo se llamará Escipion.

—¿Escipion? ¿qué nombre tan singular has buscado!

—Sí, es verdad que he ido á buscarlo algo lejos; pero es igual, me mantengo en lo dicho; y si V. supiese por qué, mi capitán, V. sería de mi dictámen. Es una deuda sagrada, una deuda de corazon la que quiero pagar de este modo; pero la historia es larga de contar, y tal vez fastidiaría á V.

—No, dame mi pipa, y habla.

—Diré á V. pues, mi capitán, que era en 1812, en tiempo del otro: con mucha tranquilidad y el fusil al hombro íbamos á saber si los helados cuestan tan caros en Moscou como en los cafés de París. Ya habíamos andado mucho camino sin que nadie se hubiese opuesto sériamente á nuestro paseo, euando al fin encontramos en las orillas de la Moskowa á esos rusos que hacia tanto tiempo buscábamos por el pais donde brotan.

Cuando nos vimos al frente de los rusos, dijo el emperador: «ya están ahí, esto no será largo.» Fué un poco largo, pero bien hecho. Yo, mi capitán, yo que hablo á V., tenia la honra de formar parte de cierto batallon escojido que trabajó muy bien. La prueba es que el emperador y rey al darme esta cruz que nunca me he quitado, nos dijo: «soldados, si algun dia os preguntan qué habeis hecho por la patria, responded: me hallé en la gran batalla que se dió bajo las murallas de Moscou!...»

—¿Esto era muy linsonjero, no es verdad, mi capitán?

—¡Sí, sí; vamos, por tu salud!

—Y por la del emperador, dijo el veterano levantándose y llevando la mano al schakó.

A lo menos bebamos á su memoria. Pero continúa, pues todavía no veo por qué tu hijo.....

—Vamos al caso. A la mañana siguiente, en aquellos momen-

tos, que no son los mas hermosos, en que despues de una accion cada uno busca inquieto á su vecino de la víspera, en que al ver tantos muertos, se pulsa uno para saber si todavía está vivo, arrojé una mirada triste hácia un barranco en cuyo fondo estaban amontonados los uniformes rusos y los uniformes franceses; hombres de todas edades y de todos paises, y lamenté la suerte de tantas víctimas, porque le juro á V., mi capitán, que habia cierta cosa bien formidable, bien triste, en el silencio y la inmovilidad que me cercaban en medio de aquella multitud inanimada!

De pronto veo moverse una cosa entre aquellos muertos.... me arrojó.... tal vez es un infeliz á quien podré salvar... Llegó... era un perro.... todavía podia moverse él solo; pero estaba herido y tendido junto á un oficial de coraceros que sin duda habia sido su amo. Como por desgracia no habia ningun camarada á quien socorrer, me apoderé del perro, lo bendé, partí con él mi pan, y por cierto que el pobre animal lo necesitaba no poco; estaba tan débil que se dejó llevar, aunque dando algunos quejidos.

Cuando me vieron volver al vivac con aquel pobre perro, se burlaron de mí. «¡Ah! ¡ah! me decían todos, ¿quieres hacer tu entrada en Moscou montado en esa perra? ¡Cómo! cuando el sol mirándose en esas doradas cúpulas, nos dice cuán rico es el botín que vamos recojer, te encargas de semejante bagaje? ¡Oye, crees que faltan perros en el Kremlin? puesto que te gustan, los tendrás por docenas.» Otras cosas por el estilo me dijeron mis compañeros, mas yo nada oía. El pobre perro tenia una cara tan buena, que conocia que lo amaba á pesar mio, y no quería dejarle. Tenia en el cuello un collar de cobre con un letrero que yo no podia leer, porque entonces no conocia las letras; pero mi furriel, que era uno de los mas sábios del regimiento, me descifró todo aquello de corrido. Decia en el collar: *me llamo Escipion, y pertenezco á....* La bala que habia herido al pobre animal se habia llevado lo que seguía. Quedéme, pues, con Escipion, y los dos entramos en triunfo en Moscou á los gritos de viva el emperador!

Ay! mi capitán, ya lo sabe V., nuestro triunfo fué corto. No le contaré á V. todo lo que allí pasó; solo se trata de Escipion, y no quisiera al hablar del pobre perro recordar á V. todas nuestras desgracias, lo cual por otra parte sería una historia muy larga.

Diré únicamente que cuando todo ardió en aquella ciudad que debia proporcionarnos tantos goces, cuando fué preciso tocar retirada en medio de la nieve sin pan y sin recursos, Escipion que habia sanado de su herida, fué mi fiel compañero. Ni los reiterados ataques del enemigo, ni el rigor de la estacion,

cien veces mas peligroso , pudieron separarle de mí. Durante la marcha trotaba á mi lado , indicándome con maravilloso instinto el buen sendero que era preciso seguir. Si nos atacaban , se lanzaba conmigo , mordía las piernas de los hombres ó los caballos , y no se contenía hasta que el enemigo daba media vuelta.

Mas no paraba aquí la cosa , sino que cuando la fatiga nos obligaba á hacer alto , cuando vivaqueábamos en la nieve , Escipion se echaba á mis pies para calentarlos , lamia mis manos encojidas , y mas alerta que nuestros centinelas á quienes cegaban el frio y la nieve , nos avisó muchas veces en medio de la noche la llegada de los cosacos.

Bravo Escipion! dijo el soldado pasándose el revés de la mano por los ojos; olia un kalmouk desde un cuarto de legua. Cuando le veíamos levantar las orejas ó le oíamos gruñir , ya podíamos estar seguros de que aquellos pícaros no estaban lejos y era tiempo de abrir los ojos. Perdóneme V., mi capitán , si entro en estos detalles ; pero ya lo vé V. , no puedo pensar sin enternecerme en los camaradas que el bueno de mi perro salvó de este modo.

— Continúa , dijo el oficial: ahora empiezo á comprender por qué te gusta el nombre de Escipion.

— Mejor lo comprenderá V., mi capitán , cuando lo sepa todo. Siempre perseguidos por el frio y por el enemigo , llegamos á las orillas de la Berezina. Oh! entonces se presentó un espectáculo espantoso! á menos de no haberlo visto , no puede formarse idea del efecto que producen en los hombres la miseria y el peligro: ninguno podría creer cuán egoistas y crueles se vuelven. Pues bien! no sucedió lo mismo con el perro; respecto á Escipion , no fué así.

Se habian formado , para componer la retaguardia y contener la marcha del enemigo que nos perseguía , batallones compuestos de cuantos se hallaban en buen estado de salud y habian conservado las armas. Yo pertenecía á ellos , y entonces nos vimos muy apurados , pues el enemigo que sabia el obstáculo que teníamos delante , procuraba precipitarnos sobre la masa de infelices que nos precedían. El cañon nos metrallaba desde todas las alturas inmediatas y las cargas de caballería , hábilmente repetidas , nos obligaban á retroceder; pero defendíamos el terreno palmo á palmo. Al rechazar uno de aquellos ataques reeibí este sablazo que me divide la frente.

Apenas habia recibido este golpe se me puso la cabeza como un globo: mis mejillas y mi frente se hincharon de tal manera que se cerraron mis ojos y me volví ciego. En medio de aquella espantosa derrota , debia yo sucumbir cien veces contra una , y así habia tomado mi partido , despidiéndome de la Francia y resignándome con mi suerte. De pronto sentí que me

tiraban por un pico del capote, y me dejé arrastrar: nada veía, pero oía gritos y juramentos, por lo cual comprendí que todavía me hallaba entre franceses, y seguí con confianza al que me guiaba. Hubo momentos de tumulto, durante los cuales nada sentía, porque la calentura me impedía tener frío: caminaba pues como una máquina sin saber á donde iba ni donde estaba, lo cual duró dos días; pero al fin poco á poco fué disminuyendo la hinchazon; volví en mi acuerdo, abriéronse mis párpados, y ya no estaba ciego.

Lo primero que ví al abrir los ojos, fué á Escipion, que aún tenía en la boca la punta de mi capote y no la soltó hasta que nuestras miradas se encontraron. Oh! si hubiera V. visto su alegría entonces! cómo saltaba, cómo se arrojó á los brazos que yo le tendí! Sí, mi capitán; búrlese V. de mí si quiere; pero le tendí los brazos, le abracé, le estreché contra mi corazón, porque al fin él era quien me habia salvado, guiándome de día y de noche; él era el que habia encontrado un medio, no sé cual, de cruzar la Berezina; y gracias á él, yo que nada veía, habia pasado aquel rio que fué el sepulcro de tantos camaradas míos!... Oh! no es verdad, mi capitán, que debía abrazar á mi libertador, á mi guía? Lo juro á fé de Guitarrilla! si hubiese sido un hombre, le hubiera dado mi cruz de honor, pues la merecía mejor que yo.

—¿Y qué ha sucedido á ese perro tan valiente? preguntó el oficial.

—Ay! mi capitán, ha muerto, pero murió como un valiente. Siempre infatigable durante aquella larga y ruda campaña, Escipion me habia seguido: habíamos atravesado la Prusia, la Sajonia, en fin nos veíamos entonces obligados á defender la Francia, invadida á su vez. Allí fué sobre todo donde Escipion demostró que era francés. En la batalla de Craonne, el portaestandarte recibió una bala en el pecho y cayó en tierra, mas al caer estrechó contra su corazón la bandera. La lucha era general y peleábamos cuerpo á cuerpo: un oficial prusiano quiso apoderarse de la bandera, y ya habia cojido el asta, cuando Escipion, arrojándose sobre él antes que nosotros pudiéramos llegar hasta allí, le mordió con tanta violencia en la mano, que se vió obligado á soltar la presa, pudiendo nosotros salvar nuestra águila. Pero ay! un bayonetazo hirió al vencedor en medio de su triunfo, y el pobre perro ni aun siquiera tuvo tiempo para ver que su amo le vengaba, derribando á su enemigo.

En mi vida habia llorado, mi capitán; pues bien! aquel día parecia una fuente. Oh! no se pierde sin profundo pesar un amigo tan bueno y tan fiel! Y miré V., nada mas que de hablar de él vuelvo á llorar. Despues he visto muchas cosas y muchos cambios; pero siempre he pensado en Escipion. Sobré todo,

luego que hecha la paz se ha limitado nuestro oficio á ir de guarnicion en guarnicion, he sentido á mi pobre camarada muchas. Qué cosas tan bonitas le hubiera enseñado! habría sido la admiracion general. Ay! puesto que esto no podía ser, ha sido preciso distraerse, y entonces me he casado; pero he prevenido á Magdalena que si tenia un hijo se llamaría Escipion, nombre que atraerá sobre él la felicidad. Que sea tan valiente y tan bueno como el otro y nada le faltará.

Hé aquí, mi capitán, por qué pongo una condicion al servicio que he pedido á V.

—Y yo consiento de muy buena gana; tu hijo se llamará Escipion. Vamos, otro vaso de rom no te causará miedo, eh?

—Con respecto á eso, mi capitán, puede V. estar tranquilo, dijo Guitarrilla llevando el vaso á los labios; y aun puedo añadir que si no llega á cabo, no consistirá en mí, sino en el diablo que echa á perder los mejores planes.

—Y cuando se bautiza?

—Mañana si le parece á V. bien.

—Corriente, á la salud de mi ahijado!...

—Y á la memoria de mi valiente Escipion!...

En el siguiente número os diremos, queridos niños, por qué al nombre de Escipion se agregó el apodo del Africano.

GRAN DISPUTA ACERCA DE UNA PALABRA.

D. Manuel Castilla, antiguo catedrático de filosofía, es un gran purista, de suerte que no puede llevar en paciencia el que se cometan faltas contra la lengua, desgracia que le sucede algunas veces.

D. Eulogio Capetillo, amigo suyo, vive con él, y como ha pasado su vida en los campamentos, no se cuida de la pureza del lenguaje, escapándosele de vez en cuando expresiones que irritan al catedrático y producen escenas curiosas.

La que vamos á contar no es la menos chistosa, y tuvo efecto en la biblioteca de los dos amigos en presencia de dos forasteros.

Giraba la conversacion sobre el mérito del Quijote, y Capetillo tuvo la desgracia de decir *haiga*. El catedrático, furioso con esa pronunciacion viciosa, le mira sonriéndose de lástima. «Haya!... ¿cómo demonios habla V.? diga V. *haya*.—*Haiga*, *haiga*; estos señores me entienden, y basta.—No basta; cuando uno vive con hombres ilustrados, es preciso saber hablar bien

su lengua.—Yo no he sido maestro de gramática ni catedrático; he pasado toda mi vida en el servicio, y no es allí donde se aprende á hablar como Ciceron.—Ya se conoce.»

El catedrático no habia dejado su desdenosa sonrisa, lo cual picó á Capetillo, quien repuso con calor y alzando los hombros.

Tambien yo me burlo, y quiero decir haiga.

Uno y otro estaban sentados: el catedrático, muy distante de ceder, se levanta para dar mas peso á su réplica, y encarándose con su adversario, le grita:

Pues debe V. decir haya.

Capetillo, calculando que si se contenta con levantarse, solo estará al nivel del catedrático, se sube á un taburete, y dominando á Castilla, le grita:

Quiero decir haiga.

El catedrático, que ni era jóven ni listo, logra no obstante con mucho trabajo encaramarse á su asiento; se pone en él de pié, y mirando con furia á su antagonista, repite su terrible frase:

Debe V. decir haya.

Capetillo, sin intimidarse, salta sobre una cómoda que le da una superioridad de cerca de dos pies, y allí con voz estentórea responde mirando hácia abajo:

Quiero decir haiga.

Si creéis que de este modo terminó la lucha, os equivocáis. Habia en un rincon de la sala una escalera de biblioteca doble: el catedrático se baja de su sillón lo mas pronto que puede, y corriendo á la escala, sube cinco ó seis escalones, y grita con voz triunfante:

Haya.

El atrevimiento del catedrático aguija el amor propio del militar, quien va á colocarse á horcajadas en lo alto de la escalera, y repite con toda la fuerza de sus pulmones.

Haiga.

Conociendo la imposibilidad de gritar con mas fuerza, y subir mas alto, Castilla se dió por vencido, y fué á sentarse en su asiento moviendo los hombros. El vencedor, viendo que no le respondian, bajóse tambien de aquella especie de trono y volvió á ocupar su sitio. Los dos testigos de aquella escena, que reian á carcajadas, intervinieron, y los adversarios se dieron esplicaciones. Capetillo echó la culpa á su carácter vivo de la obstinada resistencia que habia opuesto á las observaciones de Castilla, cuya justicia conoció: prometió decir en lo sucesivo *haya* y ha cumplido su palabra.

Pero figurémonos un obeso catedrático de filosofia con una gran peluca bien peinada, puesto en pié en medio de una escalera á seis pies del suelo, disputando sobre la pronunciaci6n de

una palabra con un coronel á horcajadas sobre lo alto de la misma escalera, gritando ambos á grito pelado.... ¿No es un cuadro muy cómico?

CIENCIAS Y NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.

Huesos.—Animales antediluvianos.—Depósitos de huesos en las cavernas.—Plantas antediluvianas.—Conjeturas acerca de las revoluciones del globo.

Continuamente se descubren en las entrañas de la tierra huesos hacinados que cuesta trabajo distinguir; pero la ciencia de la historia natural ha hecho tantos progresos, que á la simple inspeccion de un hueso el naturalista conoce las mas de las veces á qué clase de animales pertenece, lo cual es objeto de un estudio especial que se designa con el nombre de osteología. Aun los dientes bastan para dar á conocer el género del animal, hasta para distinguir las diferentes especies de un mismo género. Nada parecia al principio mas maravilloso que la facilidad con que el célebre naturalista Cuvier os decia, cuando le llevábais un diente animal de rara forma: «el animal de que proviene este diente era cuadrúpedo, pescado ó reptil, era de tal ó tal género, carnívoro ú herbívoro, ó lo uno y lo otro (lo cual se designa con el nombre de omnívoro); era grande, pequeño ó mediano, debía tener tal forma y tales costumbres.» Esto consistia en que á fuerza de estudiar el reino animal habia observado Cuvier que cada género tiene una forma especial de dientes, y que por consecuencia basta examinar estos para poder adivinar lo demás. Ahora solo se necesitan algunos fragmentos del esqueleto de un animal, algunas veces de uno solo para poder decidir á qué género perteneció. Antiguamente no estaba tan avanzada esta ciencia, y así un sábio de la Suiza que vivia en el siglo XVII, como hubiese hallado una porcion de esqueleto en las rocas de los Alpes, creyó que eran los huesos de un hombre, y dedujo que este infeliz habia sido sepultado debajo de los Alpes en la época del diluvio. En consecuencia escribió un tratado lleno de erudicion acerca del descubrimiento que creia haber hecho de un hombre que, segun él, habia sido testigo del diluvio. Desgraciadamente para su erudicion, háse descubierto que lo que tomó por huesos humanos, no es otra cosa que los restos de un gran lagarto.

El error de ese sábio era digno de perdon, por cuanto en la

época en que escribía, se había profundizado poco en lo interior de la tierra, y nadie sospechaba siquiera las curiosidades de la tierra. Ahora existe una ciencia, la geología que nos dá á conocer la disposicion y calidad de los terrenos sobre los cuales andamos, y los objetos tan variados como curiosos que hay en ellos.

Estos terrenos son de diferentes edades, y revelan grandes revoluciones que el globo ha sufrido; y como los terrenos de diversas épocas, esceptuando los mas antiguos ó primitivos, encierran restos de animales, se ha llegado á saber que antiguamente ha habido animales de formas muy singulares que han desaparecido despues, pues solo se encuentran sus restos en los terrenos antiguos, á los cuales han cubierto en seguida las grandes inundaciones que han debido tener lugar, otros terrenos en los cuales están sepultados animales que se parecen mas á los generos y especies que existen todavia. Bajo el suelo de la Europa se encuentran estos restos lo mismo que en otras partes del mundo, y es evidente que en todo el globo andaban, se arrastraban, volaban ó nadaban animales cuya forma nos parece hoy monstruosa. Habia lagartos de mas de veinte pies de largo, en comparacion de los cuales serian poca cosa los cocodrilos del Nilo, sobre todo poniéndolos junto al antiguo *iguanodon*, que debió ser un lagarto cubierto de escamas y de cincuenta pies de largo. Figuráos cuán espantosa no sería la boca de esos animales gigantes! Parece que estaba herizada de dientes, y por lo tanto sus victimas debian ser atravesadas de parte á parte de solo una dentellada, y mascadas al instante.

En las tierras antiguas habia cuadrúpedos mas gruesos que elefantes, y gatos grandes y probablemente tan feroces como los tigres; pájaros de fantástica estructura realizaban lo que la fábula cuenta de los dragones que volaban, de los grifos, y lo que cuentan los orientales del pájaro condor. En fin, la imaginacion no puede figurarse formas mas raras que las que debieron tener los animales en las primeras edades del mundo.

En los terrenos menos antiguos, los huesos que en ellos están sepultados, revelan animales cuya forma, como ya hemos dicho, se parece á la que todavia tienen hoy. Iguales eran entonces los generos, y únicamente las especies se diferenciaban de las que viven en el dia. Estos restos son pues de una segunda época, durante la cual no infestaban el globo los animales monstruosos de la primera edad. En aquella época probablemente habria menos mares, menos lagunas y mas vejetacion, mas tierras habitables.

Pero al parecer nuevas irrupciones fueron á cubrir las tierras, arrastrando hasta á esos nuevos animales. Hay muchas cavernas cuyo suelo formado de un antiguo limo ó barro, está lle-

no de huesos que les pertenecen, huesos de hienas, cerdos, osos, gatos monteses, y algunas veces hipopótamos y rinocerontes. Cuando se hicieron los primeros descubrimientos de este género, creyóse que los cuadrúpedos gigantes, cuyos restos llenan aquellas cavidades, vivieron en semejante albergue, al cual arrastraban para devorarlos los animales mas débiles, cuyos huesos se encuentran mezclados con los suyos; pero en este caso se hallarían esqueletos enteros de los grandes animales, ó al menos la mayor parte de la armazón huesosa de sus cuerpos. Sin embargo, los huesos están confundidos, y no ha sido posible encontrar un esqueleto completo, viéndose por otra parte, según el estado de los restos huesosos, que han sido reunidos, puestos en contacto y rotos en parte por las aguas que los arrastraron, llenando al mismo tiempo las cavernas de ese limo en que están ahora enterradas las osamentas.

Los depósitos de huesos llamados antdiluvianos, porque los animales á que pertenecían existían antes del diluvio, el cual causó su pérdida ó arrastró sus restos, son para los naturalistas objeto de estudio de gran importancia, pues les sirven para reconocer muchas especies de animales que no existen hoy. En el Mediodía de la Francia se encuentran muchos, entre otros en el Valle de la Gesse en el departamento de Herault; y por lo general hay en Francia pocas grandes cavernas en las cuales no se haya descubierto, registrando el suelo, montones de huesos parecidos á los otros. En España, en Inglaterra, en Bélgica, en Alemania, por todas partes en fin donde hay vastos soterráneos, se nota el mismo fenómeno, lo cual prueba que las mismas causas han producido donde quiera iguales efectos, es decir, que en una época cuyos recuerdos no conserva la historia, las aguas han invadido las tierras hasta considerable altura, llenando por consiguiente las cavernas de las montañas, introduciendo en ellas los restos de los animales que en otro tiempo vivían sobre las tierras.

Para tener una idea de lo que eran los animales antdiluvianos, sería preciso visitar el gabinete de Historia natural de París, donde se hallan, en las salas destinadas á la mineralogía, muchos restos fósiles, es decir, convertidos en piedras, que han estraido del seno de las rocas tanto en Francia como en otros países. También hay huesos gigantescos, cabezas enormes y dientes monstruosos que nos hacen pensar en terribles monstruos.

En América se han desenterrado esqueletos casi enteros de un animal mucho mas grande que un elefante, y que debía parecersele mucho. Hásele dado el nombre de *Mastodonte*, y según parece era un cuadrúpedo bastante comun en aquella parte del mundo, pues ya se han observado muchas especies. En Siberia no solo tienen esqueletos de elefante, sino elefantes casi enteros que aun

tienen la piel, los nervios, y casi toda su antigua organizacion. Como la tierra siempre está cubierta de hielo en aquella region á causa del frio casi eterno que allí reina, y que el corto estío no puede disipar, concéibese como los animales sepultados en una tierra siempre helada, han podido preservarse de la putrefaccion y conservarse casi enteros por espacio de muchos siglos.

Pero aquí se presenta una cuestion muy difícil de resolver. ¿Cómo el elefante, que solo habita hoy en la zona tórrida, ha podido vivir en un clima tan glacial como el de la Siberia? ¿Qué encontraba para mantenerse, cuando no come otra cosa que yerbas, y está acostumbrado á pastar todo el año? Y los rinocerentes é hipopótamos, cuyos huesos se encuentran algunas veces en nuestras regiones, ¿cómo podían vivir, y si vivían realmente, por qué se han retirado á la zona tórrida como los elefantes, y en qué consiste que ni un solo individuo de su género habita ya en las zonas templadas, á menos que no sea llevado á ellas á la fuerza y obligado á vivir en la esclavitud?

Estas cuestiones han ocupado mucho á los naturalistas, y no han podido resolverlas sino suponiendo que antiguamente tenia el globo otra temperatura que en la actualidad; que el calor era muy fuerte aun en las zonas que se llaman templadas, pues en efecto es muy moderado hoy en ellas, y aun en las inmediaciones de las zonas glaciales. Efectivamente, para que el elefante hubiese habitado el Norte del Asia era preciso que este país tuviese un clima tan caluroso como la India, donde el elefante se espacia hoy, como sabeis. También era preciso que el Norte de la América, que España, Inglaterra, Francia, Alemania, etc., gozasen de un clima muy caluroso y que este calor durase todo el año, sin que en ellos se conociese el invierno.

¿Cómo, preguntareis, ha cambiado semejante estado de cosas y qué revoluciones ha sufrido el globo hasta el punto de obligar á tantas especies animales á retirarse á la zona tórrida, donde no se conoce el invierno, y donde el calor es muy fuerte durante todo el año?

No conocemos las causas de esta revolucion ni mas ni menos que las que han hecho desaparecer los animales de raras y monstruosas formas de que ya hemos hablado, y que en un principio debieron ocupar la tierra, las aguas y los aires. Tampoco sabemos por qué los animales monstruosos han desaparecido sin dejar posteridad, y sin que la naturaleza haya seguido reproduciéndolos, como no sabemos la razon por qué ciertos animales no habitan ya los climas donde se solazaban en otro tiempo, y no se componen de las mismas especies que en los antiguos tiempos.

Notad que el reino vegetal ha sufrido cambios parecidos á los del reino animal. Las plantas tambien que solo viven ahora en

los climas cálidos, prosperaban antiguamente en regiones que sólo tienen ahora un clima templado, como lo demuestran los restos fósiles que ahora se encuentran en las canteras de Europa. Así muchas veces se han descubierto restos de tallos de palmeras, y de esos helechos gigantes que en los bosques de la zona tórrida se elevan á la altura de los árboles y aun se convierten en árboles, mientras entre nosotros son humildes plantas, que cuando mas llegan á elevarse algunos pies. ¿Qué es lo que ha reducido esos soberbios vegetales al estado de pequeñez en que los vemos hoy? ¿Cómo las palmeras y otros árboles de los climas cálidos han desaparecido de nuestras regiones, ó mas bien, cómo han podido desplegar en ellas antiguamente sus magestuosas formas?

Ya veis que la historia del globo tiene muchos enigmas; cuando mas se estudie el suelo y los singulares objetos que contiene, tanto mas se conocerá lo que era antiguamente; mejor tambien se presumirá lo que en él debió suceder; pero respecto á las causas de los sorprendentes cambios que ha sufrido, probablemente serán por espacio de mucho tiempo motivo de conjeturas para los sábios, sea cual fuere la sagacidad que empleen para sacar justas deducciones de los admirables efectos que se presentan á su vista.

LA PASCUA DE RESURRECCION EN CATANIA.

Notable es la Pascua en París, donde por todas partes se ven huevos encarnados, huevos amarillos, huevos azules. No se saben de donde pueden provenir aquellas masas amontonadas en las tiendas de mercaderes y de fruterías. En las confiterías, los huevos son de azúcar y están llenos de pastillas; los unos adornados de figuras y guirnaldas, los otros cargados de divisas y colocados sobre elegantes lechos de juncos y plumas que imitan perfectamente el nido de los pájaros. En las platerías, se ven piedras preciosas engastadas en oro y que imitan los huevos de gallina ó de paloma; juguetes destinados sin duda á hijos de reyes.

Pues bien! ese espectáculo que ofrece París en la Pascua, no hay un pais, no hay una ciudad que profese la religion de Cristo, donde no se verifique tambien en mayor ó menor escala; y con este motivo vamos á describiros brevemente la *Funcion de los huevos de Pascua* en Catania, tal como se verificó en 1839.

Catania, llamada así igualmente en italiano, es una de las ciudades principales de Sicilia, isla fértil é importante del Mediterráneo que forma parte de la Italia meridional.

Esta ciudad, edificada casi al pié del monte Etna, empiedra sus calles con la lava misma del volcan, cortada en anchas baldosas. Los vastos palacios, los ricos conventos, entre otros el de los benedictinos, su catedral adornada de esculturas y cuadros de los mas grandes maestros, sus plazas y sus *strades* (calles) tiradas á cordel; el antiguo y curioso monumento que decora la *Plaza Real*, y que consiste en un elefante colosal que sostiene un obelisco de granito rojizo; las costumbres amables de sus habitantes, y su dulce clima en fin, convierten á Catania en una poblacion deliciosa, apreciada de las caravanas de viajeros que la visitan todos los años, para subir desde ella al cráter del *Gibelo*, nombre que se da en el pais al Etna, soberbio rival del Vesuvio.

El lunes de Pascua, despues de misa mayor, los jóvenes de Catania salen de la ciudad en grupos y saltando de alegría. Los niños llevan casacas oscuras con cordones encarnados y un gorro frigio blanco ó negro que cae sobre la oreja con cierta coquetería; las niñas con el pelo levantado en forma de abanico, broches de plata ó de similor en los cabellos, la basquiña verde ó de color de violeta, el corto devantal de indiana ó muselina, las medias carmesis bordadas en algunos puntos, y los zapatos de seda color de rosa; traje que conviene perfectamente á su fisonomía despierta y vivaracha.

Nuestros encantadores niños se dirigen alegremente llevando en las manos canastos llenos de huevos teñidos de mil colores, hácia la ermita del *hermano Francisco*, venerable solitario que hace medio siglo vive en una gruta abierta en las rocas que forman el basamento del monte Etna, y á quien toda la comarca tiene por santo. Un crucifijo, una imájen de la *madona*, y un altar toscamente labrado, estos son los adornos del albergue del octogenario religioso; higos, aceitunas, frutas secas, pan y agua, hé aquí su alimento; un banco de piedra, hé aquí su cama.

El hermano Francisco ha visto llegar á su tranquilo albergue muchas generaciones de niños, pues es antigua costumbre en el país que él bendiga los huevos de Pascua. Todos los años en el mismo dia y á la misma hora aguarda á sus tiernas ovejas, y si las ama como su padre en Jesucristo, ellas le respetan, le honran como representante de la Divinidad, y oyen los consejos de su sabiduría.

Ya estamos delante de la ermita. La campana suena, y los niños se agrupan en torno del venerable sacerdote, el cual les cuenta en estilo enérgico y sencillo los padecimientos de Jesus para rescatarnos del pecado; anima su celo, escita su gratitud, y cada una de sus palabras presta nuevo grado de persuasion á aquella frente calva é inclinada hácia el suelo, á aquella luenga barba blanca como la nieve, imájen del invierno de la vida. Lue-

go tendiendo sus descarnadas y temblorosas manos, invoca las bendiciones del cielo en favor de los niños y de su tesoro.

Después de esta ceremonia interesante, la alegre turba se dirigió con la presteza que permitía su frágil carga al gran *Prado*, de muchas leguas de extensión, no verde y esmaltado como están nuestras praderas, sino cubierto de una yerba ruda y medio seca. Las escasas palmas y los altos aloes de que está sembrado acá y allá, el agua cenagosa y profunda de la *Giaretta*, que partiendo del Sud vá á terminar su lánguida corriente al otro extremo de la bahía de Catania, y aquel sol ardiente que vibra sus rayos sobre un suelo árido, prestarían en el verano á aquella llanura un aspecto africano, sin el gigante de voz terrible en otro tiempo, pero hoy mudo, cuya cabeza está coronada de una nieve eternal, aunque su seno encierra abrasados torrentes.

Sin embargo, nuestros jóvenes catanienses han escogido un sitio conveniente para su diversion, y se dispersan por aquel tapiz, aunque no sea muy blando, dando principio al juego de los huevos en mil sitios á la vez.

Aquí se vé el juego de la *tocca*, que consiste en chocar los huevos unos contra otros, y cuando se rompe un huevo, los niños saltan de alegría, y se oyen risas y gritos. Allá la *carrera*. Colocados en fila á tres pasos de distancia uno de otro centenares de huevos, es preciso que el jugador los recoja bailando, y que sin romper uno solo los introduzca en un vaso; algunas veces para mayor dificultad deben cogerlos por número par ó impar, según acuerdan entre sí. Mas lejos algunos niños escriben sus nombres con los huevos en letras de cinco á seis pies de largo; otros vaciando sus huevos por ligeras aberturas, forman, colocando en sedas los cascarones, rosarios y guirnaldas; algunos edifican con gran trabajo castillos ó pirámides de huevos, para derribarlos luego de concluidos, arrojando sobre los monumentos improvisados los huevos mas gordos y duros; algunos otros, en fin, formando un círculo de huevos, deben saltarle á pies juntillas.

Es difícil, sin haberlo visto, formar idea exacta del cuadro encantador, del cuadro animado que presenta el *Prado* á aquella hora con sus millares de huevos estendidos sobre la yerba, casando ó descomponiendo los vivos colores del arco iris, con sus millares de niños de negros y brillantes ojos, de rostro noble y lleno de delicadeza, de cabellos de ébano recogidos ó en desorden, saltando, corriendo, dando brinco, ocupados todos en el mismo, el único, el gran asunto del día, la *funcion de los huevos*.

Al decir de algunos cronistas, el gallo y la gallina, cuyo pais natural es la Persia, se esparcieron por todo el Oriente y por el Mediodia de Europa en una época muy remota; pero eran desconocidos para los habitantes de las regiones del Norte.

En tiempo de Carlo Magno (otros sostienen que en tiempo de las Cruzadas), unos peregrinos ó caballeros introdujeron estos útiles volátiles en las naciones escandinavas, recientemente convertidas al cristianismo. Los hijos de aquellos pueblos no se cansaban de admirar la hermosura del gallo con su fiero y magestuoso ademan, sus plumas de púrpura y azul que resplandecían á los rayos del sol; y las amas de gobierno se estasiaban al ver aquellas gallinas que ponían todos los días, en todas las estaciones, y cuyos huevos tan delicados y nutritivos eran un alimento precioso durante la cuaresma. Así es que el soberano de aquel país quiso consagrar por medio de una festividad nacional su introducción en el reino, y como la llegada de los extranjeros se había verificado en la Pascua, mandó que en prueba de satisfacción y gratitud se repartiese á los niños todos los años y en igual época huevos de todos colores, con el azafran, la hacedera y otros vegetales. Este uso se propagó á los países circunvecinos, y á poco se hizo general, siendo este el motivo por qué á los huevos teñidos se ha dado el nombre de *huevos de Pascua*.

Pero advierto que durante nuestra narración, han dejado de jugar los sicilianos, sin duda porque ya no tienen que romper. Ahora, reunidos con sus padres, devoran los residuos de sus huevos.

Bastante os decimos con repetir que los padres y las madres han venido á juntarse á sus hijos y terminar en familia un día de placer. Aquellos padres por lo regular van embozados en largas capas de capuchon, y aquellas madres cubiertas con largos velos blancos ó negros, que como á las mulsumanas las roban á todas las miradas.

Con ellos han llegado también improvisadores de ambos sexos; artistas-poetas-músicos de la legua que por un *carli* (moneda de cobre) cantan al son de la mandolina odas ó *canzonette* en dialecto veneciano de su propia cosecha; versos á los cuales no falta entusiasmo y gusto; y ya bufones ya sublimes, el auditorio aplaude y palmea al oírlos.

El día era hermoso, y la atmósfera templada como entre nosotros en una noche de julio. El *sirocco* (viento del mediodía) no soplaba, pero una brisa embalsamada poblaba los aires de los perfumes de la primavera. Aquel día se prolongó mas de lo regular, pues ninguno abandonó el sitio hasta que el último huevo fué á caer en medio de los cascarones de todos colores que cubrían la pradera como flores deshojadas.

S. D.